

*LA TEOLOGÍA DE LA MARGINACIÓN:
JESÚS Y LOS POBRES*

“La marginación es para los creyentes una interpelación: si provoca perplejidad y desconcierto puede convertirse en experiencia espiritual basada en el descubrimiento de Dios y en la llamada al compromiso; para lo uno y para lo otro la figura de Jesús es el criterio y el punto de referencia. A fin de comprenderlo en todo su alcance desde nuestra situación actual debemos partir de la interpelación que suscita.

Eloy Bueno

CÁRITAS
Jesús y los pobres



La Marginación ante la Teología y la Fe

En nuestra sociedad, las situaciones de miseria se producen en medio de la opulencia. Por eso resultan más llamativas y escandalosas. Pero hay un aspecto que las hace más trágicas y desesperanzadoras (lo que provoca desánimo en muchos voluntarios) parece una miseria sin retorno, que se produce de un modo incontrolable, que cierra a sus víctimas en un individualismo sometido a la ley del "sálvese quien pueda", que los cierra en un presente sin memoria y sin esperanza, que les borra la conciencia de su marginación (por lo que se ven privados de una voz reivindicadora) y que prácticamente los deja incapacitados para ser integrados en el sistema social.

(¿Se puede desde el centro oír la voz que viene de los márgenes?, porque acaso no hay voz en los márgenes).

Hay que percibir en toda su peculiaridad este carácter de la marginación actual y (fundamentalmente) urbana en nuestra sociedad opulenta: se trata de algo nuevo y por eso además difícil de afrontar. Antiguamente se practicaba el asistencialismo paternalista, descuidando la transformación de las estructuras. Más recientemente se adoptó el esquema opresión-revolución, injusticia-liberación: un grupo o clase social se unía para reivindicar sus derechos, convirtiéndose en protagonista, muchas veces en triunfador.

Pero la marginación es distinta: no hay una masa humanamente homogénea, la experiencia del fracaso no percibe posibilidades de



victoria, no es un movimiento social que presione conscientemente para que el sistema cambie, no hay grupos que recojan el desprecio que padecen condenados a una des-humanización sin salida. Los marginados han quedado descolgados en los márgenes de la autopista del progreso; pero, aunque denuncia la enfermedad de toda una civilización, ésta no se da cuenta de que es marginante su propia constitución. ¿Serán acaso los marginados nada más que el precio que tienen que pagar para que los demás sean dichosos?, ¿algo antiestético que hay que aparcar, en los márgenes, para que el paisaje social no muestre su deformidad?

El creyente, sobre todo el voluntario, se pregunta qué es lo que Dios está diciendo a través de esta realidad tan inhumana.

Su reflexión es teología: teología de y desde la marginación. La teología de la marginación es la que brota desde la experiencia espiritual de quienes están dando su vida en los márgenes de nuestra sociedad.

El interrogante posee una doble faceta: la realidad de la marginación ¿nos dice algo a cerca de Dios, nos desvela algo a cerca de su ser?; a través de esa realidad, ¿nos está diciendo algo Dios a nosotros?

Jesús, el Hijo, en su acción y en su palabra, nos ofrece la respuesta y la interpelación que nos permitirá re-descubrir el rostro de Dios.



Jesús y los Marginados

Ya desde el Antiguo Testamento resonaban las quejas y los lamentos de los que experimentaban la desventura y la desgracia de la historia humana (justos perseguidos, huérfanos, viudas, exiliados, inmigrantes...), y también entonces resonaba la pregunta: ¿dónde está Dios cuando somos humillados, desterrados, aniquilados...?

A lo largo de toda la Biblia, la revelación va a ser palabra de juicio y de alegría, de condena y de esperanza: de un lado deja patente que esas situaciones están en contra de la voluntad originaria de Dios (Dios nunca justifica el mal o el sufrimiento) y de otro lado otorga su consuelo, crea ámbitos de solidaridad y abre caminos a una esperanza que nunca se agota.

Jesús había leído estos textos y meditando esas oraciones desde la contemplación de experiencias que permanentemente se repetían. En su tiempo la situación se había agravado:

- Desde el punto de vista político su pueblo era una nación sometida, a la que se había privado de la tierra que Dios les había prometido y regalado.

- Desde el punto de vista socioeconómico aumentaba la pobreza y el desarraigo porque las cargas fiscales se habían multiplicado y muchos se veían condenados a la miseria o a la semiesclavitud.

- Desde el punto de vista religioso planteaba incertidumbre la ausencia de Dios, el silenciamiento de la profecía, la prepotencia de los sacerdotes que marginaban a muchos como pecadores.



¿Porqué no resonaba con suficiente claridad la voz de Dios en aquellos márgenes que iban creando los poderes sociales, políticos, económicos y religiosos? Esta pregunta es la que seguía percibiendo Jesús en el ambiente que palpaba.

Desde los márgenes y fronteras que creaba aquél sistema social, político y religioso seguía resonando la pregunta: ¿Dónde está Dios?

En aquel ambiente surge la potente voz de Juan Bautista: Dios va a venir a instaurar su justicia y por tanto a ejercer su venganza contra los perversos; hay que bautizarse y convertirse para evitar el castigo de Dios, pues no es suficiente garantía ser miembro del pueblo.

Ante ese mensaje responden muchos hombres y mujeres que no podían esperar más que en Dios, porque habían llamado a muchas puertas y ninguna se había abierto. Aquellos que llevaban el peso de las cargas que otros habían impuesto, los ofendidos y humillados, se dirigían al Jordán para esperar el momento del juicio y la venganza.

En aquel contexto también, Jesús se bautiza, realizando así el primero de sus grandes gestos proféticos o simbólicos. Ese gesto va a marcar el destino de su vida y su ministerio, que se va a realizar desde los márgenes de aquella sociedad, precisamente porque allí es donde va a brillar la gloria de Dios.

Su sentido se comprende claramente desde su comparación con las tentaciones. Estas le abrían a Jesús posibilidades que pudo seguir: buscar el tener y el placer (que estas piedras se conviertan en pan), aspirar al



triunfo y al aplauso (tírate y los ángeles te cogerán), el poder y el dominio (te daré estos reinos...). Por esas vías se iba al centro de la sociedad. Con su bautismo se dirige a los márgenes, a la solidaridad con todos los que, cansados porque no aguantaban más, se acercaban a la esperanza que les abría Juan. De este modo, entre aquellos que no se sentían satisfechos en aquel entramado social (porque generaba demasiadas víctimas) se iba a realizar y manifestar la justicia de Dios. Con su bautismo, Jesús desvela desde el principio cual va a ser el sentido y el contenido de su ministerio mesiático.

Jesús comienza a predicar el evangelio, una noticia jubilosa que se levanta como el alborear de posibilidades insospechadas: el Reino de Dios ya se hace presente como expresión del favor de Dios hacia todos los que lo esperaban desde su sufrimiento, su marginación o su pobreza. El mensaje de Jesús no es una amenaza, como el de Juan. Jesús comunica **la alegría de Dios** porque ofrece la garantía de que Dios está de parte de los marginados, de los pobres, sin ningún tipo de condiciones, simplemente porque lo necesitan, no porque sean mejores sino porque son despreciados y excluidos por los demás.

Este es el corazón del Evangelio, que se expresa con claridad en las Bienaventuranzas: en ellas Dios sonríe en medio de la historia de los hombres porque suscita el consuelo, la gratitud y la confianza en aquellos que casi no tenían fuerza para esperar. Por eso es comprensible que la evangelización de los pobres es proclamada como la expresión más clara de la llegada del Reino de Dios.



El reino de Dios, en cuanto ofrecimiento incondicional del amor, carece de márgenes, barreras que levantan el egoísmo y la violencia de los hombres.

Los hombres pueden intentar prescindir de Dios, pero Dios, el Padre de todos, no quiere prescindir de ninguna de sus criaturas.

El banquete de la creación debe estar abierto a todos, la creación es el hogar de todos.

Dios, el Dios del Evangelio es un Dios de los hombres, de todos los hombres. Por eso el Reino de Dios es lugar de convocatoria y hogar para el encuentro. De ahí la urgencia con que lo presenta Jesús: en cada opción por parte del hombre está en juego la alternativa entre la vida y la muerte, entre la luz y las tinieblas, entre la salvación y el pecado.

El Reino de Dios está en peligro ante cada barrera o exclusión que genera desprecio o marginación, pero la proclamación de Jesús recuerda que Dios se encuentra siempre de parte del excluido y del marginado, y ello sin más fundamento que el mero hecho de serlo. Jesús es optimista porque posee esta certeza de dónde está Dios, pero no es ningún entusiasta iluminado que no percibía las dificultades y obstáculos con que tropieza el avance del Reino de Dios. Su alegría se produce porque se ha revelado (aunque sólo puedan comprenderlo los sencillos) con certeza el lugar en el que Dios se desvela y garantiza su presencia.

Su vida va a ser el Reino de Dios puesto por obra. Ello lo va a realizar en una doble perspectiva: de un lado anulando las barreras y de otro lado, cuando las barreras existen, situándose siempre en la zona marginal, en la parte del más débil o necesitado.



Jesús no habla de salvación (en abstracto) sino que realiza actos salvadores en orden a eliminar las situaciones de des-gracia que padecen los hombres. Esta des-gracia está normalmente producida por las barreras que crean los hombres.

Ante el pecado que aleja de Dios ofrece la voluntad de acogida y reconciliación.

Ante la enfermedad que aleja de la convivencia humana regala la salud.

Ante el hambre que impide la felicidad multiplica el pan. Ante la muerte que aleja de la vida causa una resurrección.

Ante el rechazo provocado por la lepra ofrece el saludo y la palabra.

Ante los odios generados por las ideologías enfrentadas convoca a discípulos procedentes de mentalidades diversas.

Ante la enemistad que alimenta el odio recuerda el gozo de amar al adversario.

Cuando las barreras no son eliminadas, Jesús se sitúa del lado del marginado porque allí se encuentra Dios. Esta es la lógica que domina todo el comportamiento ante distintos grupos de personas.

Vamos a analizarlo desde diversos puntos de vista.

* Desde el punto de vista socioeconómico podemos fijarnos en cuatro grupos particularmente marginados y humillados, de gran importancia en la antigüedad judía y que siguen teniendo su traducción en nuestra experiencia:

→ Ayudar a descubrir las posibilidades que tiene.



- Los samaritanos eran una raza despreciada y odiosa (hasta se les maldecía en la sinagoga y se les negaba la conversión); pero Jesús intenta liberarlos de la marginación: pide agua a una samaritana y entabla diálogo con ella, nace el asombro de sus discípulos, presenta a un samaritano como ejemplo de generosidad frente al sacerdote y al levita, es un samaritano el único leproso agradecido por la curación recibida.

Jesús los rescata de su humillación colocándose de su parte simplemente por ser excluidos y despreciados, devolviéndoles así la dignidad que Dios les reconoce.

- Las mujeres eran también seres inferiores: debían ir con el rostro cubierto y detrás del marido, debían obedecer como siervas y tolerar la presencia de concubinas, su testimonio ante los tribunales no era legítimo, el marido podía divorciarse o repudiarlas por cuestiones banales...

Por eso Jesús defiende la monogamia, condena que sean reducidas a mero objeto de deseo sexual, las admite en su intimidad, las acoge como modelos de generosidad frente al orgullo de los fariseos.

- Los enfermos no sólo eran condenados a la mendicidad sino que se les llegaba a excluir de las ciudades (leprosos) o del templo (ciegos y tullidos no podían pasar del atrio de los paganos) y hasta se les culpabilizaba como pecadores (estaban enfermos porque habían pecado); les devuelve la salud o entabla relación de afecto con ellos (aunque sean leprosos).

- Los pobres y mendigos eran muy numerosos.

Desde el punto de vista externo Jesús aparece como uno de ellos



por su nacimiento y su estilo de vida itinerante.

Además expresa su opción por ellos: pide la entrega de los propios bienes para compartirlos con los necesitados (según las normas judías no se podía dedicar a la caridad más de la quinta parte de la propia fortuna). Incluso su predicación a los pobres es presentada como signo de la presencia del Reino de Dios y como criterio para identificar la identidad mesiánica de Jesús; ellos son los destinatarios privilegiados del Evangelio, porque precisamente para ellos puede resonar como evangelio.

Jesús llegó a dar un paso más: se identifica con ellos, su miseria está marcada por la presencia misteriosa de Jesús (en el discurso del juicio no dice "es como si a mí me lo hicierais" sino "a mí me lo hicisteis". Pero esto no significa que Jesús levante barreras contra los ricos (aunque los llama a la conversión y los advierte de las dificultades para entrar en el Reino de Dios).

Otro amplio campo de discriminación procedía desde la estructura religiosa del mundo judío, más significativa en aquel momento, pero que también puede ayudarnos a entender nuestro presente.

La misma pertenencia al pueblo hacía a los judíos orgullosos y autosuficientes porque se consideraban destinatarios de la elección de Dios y más seguros de la propia salvación.

Por eso despreciaban a los paganos, a los que consideraban incapaces de ser justos o de participar en el reino futuro. Pero Jesús denuncia la incredulidad y la falsa seguridad de los judíos, destacando la disponibilidad de los paganos para la fe y su cercanía de los bienes de los que los judíos querían excluírlos.



Al interior del pueblo había posturas enfrentadas, sobre todo debido a la oposición entre fariseos y saduceos.

- Los saduceos representaban la vieja nobleza hereditaria y conservadora, detentaban el sacerdocio de Jerusalén y estaban unidos a los propietarios ricos y al poder político dominante. Vivían por tanto alejados de la sensibilidad del pueblo sencillo, acuciado por las preocupaciones cotidianas.

Jesús aparece más cercano a los fariseos, pues estaban más insertados en la vida de la gente y menos apegados a los intereses económicos y políticos. Por eso los saduceos acabarían encabezando la oposición que conduciría a Jesús a la muerte.

- Pero también los fariseos generaban barreras de marginación. Orgullosos por cumplir fanáticamente las prescripciones y los ritos señalados por la ley, despreciaban al pueblo sencillo que no tenía o conocimientos o recursos para seguir fielmente las normas legales. Estos eran considerados como pecadores, indignos de la gracia de Dios.

Jesús les denuncia su actitud marginadora: imponen cargas excesivas, ambicionan saludos y prestigio, se clausuran con soberbia en su ciencia sagrada... Por el contrario, Jesús nunca dirige reproches genéricos al pueblo llano y "pecador" sino que comprende el desprecio con el que cargan y su deseo de experimentar sin angustias el don de Dios.

Por eso los fariseos sospecharán que Jesús atenta la dignidad de Dios y acabarán aliándose con los saduceos para eliminar a Jesús.

Las **parábolas** serán el medio usado por Jesús para mostrar el modo



de actuar de Dios (que es el mismo Jesús) que rompe la tendencia humana a la exclusión y a la marginación.

Dios actúa de tal modo que defiende siempre la primacía del don que se ofrece como puro regalo. El hijo pródigo, por ejemplo, era un hombre despreciado y sin embargo Dios (el Padre) lo espera y acoge cordialmente y se alegra hasta el punto de celebrar una fiesta.

Pero los oyentes de la parábola difícilmente podrían aceptar que Dios se encontrara en los márgenes a los que (desde su intolerancia y su egoísmo) habían expulsado al hijo pródigo.

Por eso las parábolas (y contar la historia de Jesús es la mejor de las parábolas) dejan siempre abierta esta cuestión:

¿Os sentís alegres porque Dios sea tan bueno, más de lo que podáis sospechar?, ¿sois capaces de aceptar con gozo el hecho de que Dios se encuentre precisamente en los ámbitos marginales dónde segregáis todos aquellos a quienes despreciáis y humilláis?



La Teología de la Marginación

El comportamiento de Jesús nos deja ver ^(¿Dios?) dónde está Dios y porqué Dios se encuentra en esos lugares. Cuando Jesús relata las parábolas lo hace para justificar su propio modo de actuar: el modo de actuar de Dios es el relato mismo que Jesús lleva a cabo.

Jesús, y por tanto Dios, se encuentran junto a los que se encuentran "fuera": como el hijo pródigo, con los que fueron tarde a trabajar, con el samaritano que cuida al que ha sido objeto de un asalto, con los tullidos y lisiados...

Con esto no hace más que seguir lo que ya se había iniciado en Belén. Jesús nació fuera de su pueblo, fuera de la ciudad, fuera de la convivencia cordial de los hombres. Belén nos muestra que Dios suele estar fuera, en el área que nosotros rechazamos por ser ajena a lo normal de nuestra vidas.

Nuestra tendencia es buscar a Dios dentro (de la familia, de la comunidad, de la Iglesia...) pero Dios prefiere mantenerse fuera y hacernos salir. Saliendo encontramos a Dios en silencio. Y si allí está Dios, allí está la alegría, porque puede resonar el consuelo y el júbilo del evangelio. Allí no está el triunfo y el poder, no puede haber promesas fáciles ni soluciones rápidas, pero está el hombre.

Por eso la marginación hace patente lo que de desconcertante hay en Dios. Si Dios no provoca desconcierto en nosotros, si no nos sume en perplejidad, si no altera lo que sabemos de siempre, si lo agarramos en nuestras tendencias y expectativas, entonces no es el Dios de Belén, del



Reino de Dios o del Evangelio. Por eso nos interpela.

Desde los márgenes surge fresca y radiante la vocación cristiana, que es un compromiso que busca no tanto la eficacia cuanto la cordialidad del amor que se comunica y que sale al encuentro de quien ha sido situado fuera. Si existe un "fuera" es porque lo hemos creado los hombres, y en ese punto es donde debe situarse la vocación cristiana.

(Dios es Dios porque es desconcertante).

Por eso tenemos que levantar nuestra espiritualidad cristiana desde la categoría de lugar.

Otros pueden preferir hablar de "proceso histórico de liberación" o de esfuerzo para avanzar hacia Dios en la construcción del mundo del mañana. Pero la cuestión no es cuándo llegará el Señor "sino dónde está Dios". Si nos centramos en la idea de lugar nos daremos cuenta de que Dios está allí y desde allí nos encuentra.

Dios no nos llama sólo desde el futuro que hay que construir, Dios nos sale al encuentro desde los márgenes de nuestra sociedad.

Este cambio de perspectiva, que nos empuja a descubrir la importancia del lugar, abre el camino de la humanización. Si el amor se hace más fuerte en la debilidad, la humanidad brilla de modo más seductor desde la infrahumanidad. Los márgenes de des-humanización generan lo que las personas humanas deben ser: apertura a la comunicación, ojos que miran al otro como un tú, solidaridad con los que no llegan ni a protestar, comunión con los rechazados como indignos de la vida colectiva a pesar de ser hombres.




El marginado es un sacramento desde su carácter de misterio que se escapa a nuestra comprensión. Este sacramento no exige de nosotros preparación alguna, sino que nos comunica la gracia de la presencia de Dios y del camino de la humanización.


Este sacramento es el que nos debe ayudar a vivir los otros sacramentos, porque todos ellos nos conducen a la reconciliación y a la compañía de Dios con los otros.


Desde ahí debemos mirar el futuro a construir y el sistema que hay que transformar. Pero ello sólo podremos afrontarlo con dignidad de hombres y de cristianos cuando hayamos respondido a la pregunta "dónde está Dios" y cuando nuestra vocación cristiana se haya configurado desde la respuesta que hayamos dado.





Evaluación

 ¿Qué cosas nuevas te ha aportado este tema?

 ¿Qué actitudes crees que deberías cambiar o mejorar?

 ¿Cómo te parece que ha sido el funcionamiento del grupo durante el desarrollo del tema?

 ¿Qué te ha gustado más y menos del tema?
¿Has echado algo en falta?

 Redacta una conclusión.

